

Ignacio Del Río

*Conquista y aculturación en la California jesuítica
1697-1768*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1998

244 p.

Cuadros, mapa

(Serie Historia Novohispana, 32)

ISBN 968-36-7197-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/conquista/aculturacion/california_jesuistica.html

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

EL DESASTRE DE LOS CALIFORNIOS

El aniquilamiento de la resistencia indígena

Los californios adoptaron diversas actitudes frente a las formas de vida de la población forastera que se fue introduciendo y radicando en la península. Algunas veces se mostraron bien dispuestos a aceptar como propios los elementos de la cultura que portaban y trataban de difundir los inmigrantes; otras, su actitud frente a esa cultura fue de franco y aun violento rechazo. A menudo, los grupos indígenas pasaron de una actitud a otra, de un modo tal que su comportamiento a este respecto se antoja ambivalente y revelador de un estado de confusión, en el que parece que, en efecto, cayó una buena parte de la población aborigen.

Esa aparente incongruencia del comportamiento de los californios, lejos de ser una manifestación de veleidad, como pudo parecer a algunos de los misioneros, fue el resultado lógico, necesario, del desarrollo del proceso de aculturación, el que, desde el momento mismo en que se puso en marcha, implicó y generó una serie de contradicciones socioculturales que no dejaron de manifestarse en las actitudes de los indios. No ha de resultar extraño que los californios se hayan comportado de una manera variable e incluso contradictoria en cuanto receptores de la cultura introducida por los grupos forasteros. Los cambios en sus actitudes respondieron a situaciones que eran, de suyo, continuamente cambiantes.

Podría pensarse que los indios peninsulares no pasaron del asombro y la extrañeza cuando tuvieron los primeros contactos con los grupos inmigrantes portadores de una cultura que difería radicalmente de las tradiciones autóctonas. Una tal actitud de pasividad, de observación a distancia, si se dio, sólo pudo haberse mantenido durante muy breve tiempo, mientras los indios no se vieron obligados a optar entre la aceptación y el rechazo de los distintos elementos de la cultura ajena. Y no hay duda de que la necesidad de enfrentarse a esa alternativa surgió en muchos casos ya en ocasión de aquellos

primeros contactos, sobre todo en cuanto los grupos aborígenes y los inmigrantes empezaron a quedar vinculados entre sí a través de un sistema estable de relación social. Pudieron los californios actuar indistintamente con curiosidad y recelo respecto de esas manifestaciones culturales que les resultaban extrañas y asombrosas, pero, ya integrados al sistema de relación establecido con la conquista, la alternativa de aceptarlas o rechazarlas fue para ellos ineludible. Aun las actitudes de indiferencia tuvieron por fuerza el sentido de un rechazo.

Desde un principio se observó esa fluctuación ya señalada de la respuesta indígena y podemos decir que la tendencia, por lo menos hasta cierto momento, fue, además, polarizante. Hemos visto ya cómo las circunstancias sociales en que se dio el proceso de aculturación hicieron que las culturas enfrentadas fueran en muchos aspectos incompatibles y cómo la adopción de ciertos rasgos de la que obraba como cultura esencialmente donadora provocaba el correlativo desplazamiento de otros pertenecientes al modo de vida del grupo receptor. Como este fenómeno se presentó en cuanto quedó establecida la relación hispano-indígena, no debe haber pasado mucho tiempo sin que los indios se dieran cuenta, por experiencia directa, de que la adopción de la cultura ajena vulneraba el modo de vida propio e impedía su subsistencia integral. Por su receptividad originaria y por efecto de las diversas tácticas de inducción y los medios de presión del grupo conquistador, los indios tendieron a hacer suyos los rasgos culturales que les eran ofrecidos; pero, en la medida en que aceptaron esta influencia, se generó entre ellos la imperiosa necesidad de resistirla. Forzada o voluntaria, la aceptación de rasgos culturales ajenos a los de las tradiciones autóctonas fue, por tanto, la que, al manifestarse en hechos concretos, empujó a los californios a desarrollar esa otra tendencia que tuvo un sentido opuesto y un carácter más autónomo: la de la resistencia frente a la imposición cultural. En los intentos de los californios por resistir el influjo de la cultura que les era extraña ha de verse, además del propósito del rechazo, el de conservar el modo de vida que los pueblos nativos habían llegado a desarrollar durante milenios y que les permitía sobrevivir como cazadores-recolectores.

Dado que el que se estableció fue un sistema de relaciones sociales de dominio, en el que los indios constituyeron el sector social sometido, aceptar o rechazar la cultura ajena no fue para los grupos indígenas una opción que pudiera ser autorregulada y resuelta úni-

camente en función de instancias de origen autónomo. La dominación social se expresó también en el campo de la cultura; de allí la confrontación cultural estuviera marcada permanentemente por la desigualdad. Estos señalamientos son necesarios para esclarecer el sentido que tuvo la resistencia indígena y ayudan a explicar por qué, en ocasiones, los californios opusieron el recurso de la violencia a la imposición cultural. Las rebeliones indígenas que llegaron a producirse en la época jesuítica tuvieron evidentemente por objeto invertir las relaciones de dominio, sino cancelar el contacto, recuperar un espacio en el que se pudieran mantener las tradiciones autóctonas sin que fueran amenazadas, perturbadas por la presencia y las acciones de los grupos inmigrantes. En esas rebeliones se manifestó asimismo el rechazo indígena a la cultura impuesta, de cuyo influjo los californios no podrían escapar como tampoco conseguirían sustraerse a la dominación social que se ejerció sobre ellos.

La sola presencia de la población forastera en los territorios de recorrido de los grupos indígenas no parece haber sido, en la mayoría de los casos, causa suficiente para que los californios llevaran a efecto actos colectivos de violencia en contra de los inmigrantes. Ese tipo de acciones más bien se produjo cuando, ya dada la ocupación territorial, se había iniciado un trato más o menos regular entre nativos y forasteros. El primer ataque indígena al real de Loreto se realizó en noviembre de 1697, aproximadamente tres semanas después de que Salvatierra y sus acompañantes habían quedado establecidos en el sitio donde se fundó dicho real. La intención de los atacantes pudo ser depredatoria, como pareció a Salvatierra, quien atribuyó el ataque a “la codicia” que despertaron en los indios los bastimentos de los recién llegados;¹ pero no es aventurado considerar esa acción como un primer movimiento de resistencia indígena frente al modo de vida que trataban de introducir los forasteros, pues sabemos que, durante los días previos al asalto, los indios que se acercaban al real para tener acceso a las dádivas de maíz se fueron viendo obligados a adoptar pautas de comportamiento distintas a las que les eran habituales, como la de tener que solicitar de los visitantes la ración alimenticia y recibirla sólo a condición de participar en los oficios religiosos o en los trabajos de construcción del real.

Las acciones violentas de los indios dirigidas en contra de los misioneros y sus acompañantes, incluso aquellas que implicaron a

¹ *Carta de Salvatierra a Juan de Ugarte*: Loreto, 27 noviembre 1697, en *Documentos para la historia de México, 2a. serie*, vol. 1, p. 154-155.

grupos numerosos de nativos o a comunidades enteras, tuvieron sin duda variadas motivaciones. No obstante ello, en algunos de esos estallidos de violencia quedó de manifiesto el rechazo indígena a las formas de vida desarrolladas en los núcleos misionales. Ese rechazo no dejó de incluir al conjunto de elementos materiales propios de la cultura introducida. Loreto, sede de la guarnición militar de la colonia, no volvió a ser atacada; pero, tan sólo entre 1700 y 1703, tres veces se lanzaron grupos indígenas armados sobre la misión de San Francisco Javier, siempre en momentos en que se habían ausentado el ministro y los soldados de su escolta.² Ya en el primero de esos asaltos, los indios procedieron a destruir las rústicas construcciones de la misión y los objetos que en ellas había. Es significativo que, según refiere Venegas, los nativos despedazaran un crucifijo y traspasaran “con dos saetas el rostro de una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, pintada en un lienzo”.³ En la siguiente ocasión se mataron también los animales domésticos que había en la misión⁴ y en la tercera fueron victimados algunos de los indios que llevaban con el misionero una relación estrecha y aparentemente cordial.⁵ En cada caso, los soldados del presidio de Loreto se pusieron en movimiento para perseguir y castigar a los presuntos asaltantes.

La rebelión indígena más importante de la época jesuítica, tanto por su magnitud como por sus consecuencias inmediatas y mediatas, es la que se produjo el año de 1734 en la región del sur. El foco del movimiento se localizó en las misiones de Santiago y San José del Cabo, pero la rebelión terminó por extenderse hacia las otras dos misiones sureñas: la de Nuestra Señora del Pilar de la Paz y la de Todos Santos. Se trató de un movimiento que duró realmente poco tiempo, pues en menos de tres semanas la población rebelada arrasó prácticamente las cuatro misiones y se enseñoreó de toda la región meridional de la península. Fue el único caso en que los aborígenes peninsulares, puestos en pie de guerra, lograron recuperar, aunque transitoriamente, el dominio completo de una extensión territorial que había sido ya objeto de ocupación por parte de los misioneros y sus acompañantes. Fue, además, un movimiento cruento, en el que parecieron desatarse al fin poderosos impulsos de violencia previamente contenidos. Los misioneros, los soldados y los indios del

² *Vid.* Venegas, *Noticia...*, vol. II, p. 76, y Dunne, *op. cit.*, p. 100 y 110.

³ *Noticia...*, vol. II, p. 76.

⁴ Dunne, *op. cit.*, p. 100.

⁵ *Ibid.*, p. 110.

servicio doméstico de las misiones de Santiago y San José del Cabo fueron muertos por los sublevados, fin del que escaparon el ministro de Todos Santos y su corta escolta militar, gracias a que lograron huir oportunamente de la misión y embarcarse en la bahía de La Paz rumbo a lugar seguro. La misión de Nuestra Señora del Pilar de la Paz no contaba, en los momentos de la rebelión, con misionero allí establecido.⁶

Podemos anticipar que este movimiento rebelde, al que condujeron las tensiones sociales que empezaron a producirse desde que fueron establecidos los centros misionales del sur, obligó a los indios a enfrentarse luego a situaciones de acoso militar que resultaron asimismo desquiciantes para la vida social de todas las rancharías sureñas, incluso de las que no habían participado directamente en las primeras acciones de violencia. A la postre, consumada la reconquista de aquella población que había visto eliminada en sus territorios de recorrido la presencia de grupos extraños, las relaciones de dominio quedaron restablecidas en la región, con lo que continuaron la desigual confrontación cultural y la consecuente crisis de sobrevivencia que, como otros grupos de la península, experimentaban los pueblos nativos del sur.

Hay evidencias claras de que el movimiento tuvo sus orígenes en el conflicto cultural y de que los sublevados pretendieron poner término a la situación de contacto con el objeto de que sus tradiciones de vida no se vieran ya perturbadas por la política misionera y el irresistible influjo de los enclaves misionales. Ciertas declaraciones atribuidas a presuntos rebeldes capturados así lo dejan ver. Se dice que unos declararon que habían victimado a su ministro “porque no les dejaba hacer lo que querían y prohibía que tuviesen muchas mujeres”.⁷ El padre Nápoli aseguró que todos los indios que fueron interrogados a este respecto dijeron que los misioneros habían sido muertos porque no consentían en sus neófitos, “después de bautizados, la multiplicidad de mujeres” y porque obligaban a los indios “a rezar y venir a misa”.⁸ Estas declaraciones, que sólo conocemos en la versión jesuítica y que tal vez fueron simplificadas por quienes se encargaron de interpretarlas y registrarlas, indican que los misioneros empleaban su autoridad para imponer

⁶ Un amplio y pormenorizado relato de la rebelión se contiene en Taraval, *op. cit.*, *passim*.

⁷ *Ibid.*, parágrafo 115.

⁸ *Certificación del padre Ignacio María Nápoli*: Ráhum, 5 febrero 1738, AGNM, *Historia* 308, f. 510.

el matrimonio monogámico entre aquellos pueblos que no lo practicaban, que esto provocó el descontento de la población nativa y que los indios recurrieron a la violencia para preservar la continuidad de sus costumbres.

Tenemos que suponer que la política misionera de cambio cultural tenía cierto grado de eficacia, pues de no haber sido así los indios no se hubieran visto en la necesidad de resistirla en la forma en que lo hicieron. Hemos de considerar, además, que tal política sólo pudo ser eficaz en la medida en que se afirmaron las relaciones de dominio. Los cronistas jesuitas reconocen como causa ostensible y principal de la rebelión esa inconformidad indígena ante las medidas que se tomaban en contra de la poligamia.⁹ Digamos por nuestra parte que la rebelión no se explica por la confrontación cultural en sí sino por el desequilibrio que en esa confrontación introducían las relaciones sociales de dominio, aun cuando éstas fueran todavía incipientes. El recurso de la violencia permitió a los indios sustraerse de aquella situación de subordinación social que hacía cada vez más vulnerables sus formas tradicionales de vida. Al estallar la rebelión, el aparato militar de las misiones era en realidad bastante débil. Tres soldados de escolta había en Todos Santos, uno en La Paz, dos en Santiago y ninguno en San José del Cabo, pues uno que se hallaba destacado en este lugar había tenido que viajar a Loreto. Esta desprotección militar había sido característica de las misiones del sur desde que fueron fundadas, si bien las comunidades indígenas sureñas no desconocían el hecho de que una fuerza armada mayor respaldaba la acción de los misioneros. De tiempo en tiempo, una o dos veces al año, partidas militares algo más numerosas procedentes de Loreto habían pasado a la región, violentado a algunos de los nativos que se mostraban reacios a sujetarse a los ministros religiosos y hecho ostentación de su fuerza a fin de que la población aborigen quedara amedrentada.

Antes del levantamiento se habían percibido ya inquietudes entre las diversas rancherías pericúes y guaycuras que habitaban la región, al punto de que los misioneros se sintieran alarmados y temerosos de que llegara un momento en que no pudieran controlar la situación, lo que indica que se trataba de un comportamiento indígena generalizado y espontáneo. En medio de aquel estado de inquietud colectiva, el 10. de octubre del referido año de 1734 se desató al fin la vio-

⁹ *Vid.* Venegas, *Noticia...*, vol. II, p. 289, y Baegert, *op. cit.*, p. 195.

lencia en la misión de Santiago. Se desató súbita y desmesuradamente. Ese día, la hostilidad de los indios se hizo manifiesta primero mediante gritos y, en seguida, con la agresión física al ministro del lugar, el padre Lorenzo Carranco, que fue muerto a flechazos. La misma suerte corrieron los hombres que servían de escolta al misionero y los que lo auxiliaban en el servicio doméstico. Dos días más tarde, algo parecido ocurrió en San José del Cabo, donde perdió la vida el padre Nicolás Tamara. En esas dos misiones fueron sacrificadas, en total, doce personas. Aparte de los ministros religiosos se contaron entre las víctimas dos soldados, cuatro indios sirvientes y, en San José del Cabo, los miembros de la familia del soldado de escolta que se hallaba ausente.

Hemos de destacar el hecho de que los indios se ensañaron particularmente con las personas de los misioneros, a los que se lapidó antes y después de que cayeron muertos. Los cadáveres de ambos fueron vejados, desmembrados —el de Carranco se decapitó a golpes de piedra—, arrastrados por los terrenos de la misión y finalmente quemados en una hoguera, a la que también se arrojaron los cuerpos de las otras víctimas. El furor de los sublevados también se manifestó significativamente en contra de los elementos materiales de las misiones. Como para que no subsistiera nada de lo que habían sido aquellos establecimientos, los indios prendieron fuego a las capillas y demás construcciones, quemaron asimismo cuantas imágenes y ornamentos sacros encontraron, destruyeron cruces, campanas, utensilios de uso religioso o doméstico, muebles y, en fin, todos los objetos que podían ser destruidos. Procedieron, por último, a liquidar el ganado mayor y menor, sin dejar un solo animal vivo.¹⁰ Destrozos similares se hicieron poco más tarde en las, para entonces, abandonadas misiones de Nuestra Señora del Pilar de la Paz y de Todos Santos, lugar este último donde fueron muertos veintisiete indios catecúmenos,¹¹ tal vez por haber dado muestras de lealtad a su ministro, el padre Sigismundo Taraval, quien, junto con su escolta, huyó a tiempo para salvarse gracias a que algunos de sus neófitos le avisaron del inicio de la sublevación.

Aunque las acciones descritas se produjeron más bien de un modo espontáneo, el movimiento no careció en sus inicios de un cierto liderazgo que se personalizó en los jefezuelos de las primeras rancherías sublevadas —Domingo Boton, Ignacio Cacana-

¹⁰ Taraval, *op. cit.*, párrafos 251, 256, 278 y 279.

¹¹ Venegas, *Noticia...*, vol. II, p. 297.

nagua¹² y Cristóbal, en Santiago, y Chicori, en San José del Cabo. Jefes con un poder puramente local, éstos no pudieron en modo alguno influir decisivamente en el curso ulterior de los acontecimientos. En cuanto la rebelión se extendió más allá de sus focos de origen, cada ranchería tendió a actuar por su cuenta y a restablecer su funcionamiento autónomo. Ningún concierto pudo haber ya en las acciones de los distintos grupos, entre los que, por otra parte, volvieron a cobrar fuerza las antiguas rivalidades que habían sido atenuadas por el influyente arbitraje misional. Las rancherías sureñas, además, habían experimentado en los años precedentes algunos cambios en su organización interna y en su sistema de relaciones intergrupales, cambios que resultaban difícilmente reversibles, por lo menos en un plazo corto. Todas estas circunstancias hicieron que la ruptura del orden impuesto por las misiones colocara a las comunidades indígenas en una situación de inestabilidad que seguramente contribuyó a debilitarlas. Esa nueva forma de crisis hubo de agudizarse poco tiempo después, en cuanto dio principio la campaña militar de reconquista.

Lo ocurrido en la región del sur durante las primeras semanas de aquel mes de octubre tuvo implicaciones de carácter general que no podían ser ignoradas por los jesuitas. Con el triunfo de los indios rebelados quedó claro que las comunidades aborígenes vinculadas a las misiones eran capaces de reaccionar con extrema violencia y, en determinadas circunstancias, de imponerse por la fuerza sobre quienes las habían ido sometiendo. Mostró así la rebelión que la conquista de California podía aún fracasar por entero, a menos que se tomaran medidas inmediatas y radicales para evitar que esa potencialidad de la población indígena continuara activándose. Los hechos consumados en el sur fueron aleccionadores para los jesuitas, quienes, como responsables de la conquista, actuaron con prontitud para consolidar su posición en la península antes de que fuera demasiado tarde. Consideraron que era urgente impedir que hubiera brotes de violencia entre los indios de las misiones subsistentes, pero que, al mismo tiempo, era necesario, como medida estratégica, recuperar a la mayor brevedad posible el territorio perdido. La reconquista se emprendió bajo la convicción de que las comunidades indígenas que se habían rebelado representaban una amenaza para el sistema misional y porque se juzgó que sólo sometiendo nuevamente a aque-

¹² Éste es nombrado así por Taraval, *op. cit.*, párrafo 277. Otros autores lo llaman Ignacio Caianangua. *Vid.* Martínez, *op. cit.*, p. 217.

llas comunidades se restaría fuerza de precedente ejemplar a la rebelión.

La primera medida tomada por los superiores jesuitas de las misiones californianas, una vez que recibieron la noticia del levantamiento, fue la de solicitar refuerzos militares en el exterior de la provincia. Se dirigieron al efecto a sus correligionarios de la contracosta continental, los que en sólo unos cuantos días reclutaron y mandaron a la península cien indios flecheros, extraídos principalmente de las misiones de los ríos Fuerte y Yaqui. Mientras se hacían estos movimientos, los procuradores de la Compañía de Jesús dieron cuenta de la rebelión al virrey-arzobispo de México, Juan Francisco de Vizarrón y Eguiarreta, al que pidieron que autorizara nuevas plazas de soldados para el presidio de Loreto. La gestión hecha ante la autoridad virreinal no tuvo respuesta inmediata, pero ello no retrasó el inicio de la campaña de reconquista. En cuanto llegó a la península la escuadra indígena enviada de la contracosta, el capitán del presidio de Loreto, Esteban Rodríguez Lorenzo, se puso al frente de veinticinco soldados presidiales armados de escopetas, y de otros tantos indios flecheros, de los recién llegados, con los que se dirigió primeramente a la misión de Nuestra Señora de los Dolores, de donde luego salió para la abandonada misión de Nuestra Señora del Pilar de la Paz. El 31 de octubre, es decir, al cumplirse apenas un mes del estallido de la rebelión, estas tropas quedaron acantonadas en La Paz y empezaron a desplazarse por toda el área comarcana en plan de combate.

A lo largo de los meses siguientes, las tropas expedicionarias hicieron continuos recorridos por los territorios existentes entre las misiones de La Paz, Santiago y Todos Santos. No avanzaron hacia la de San José del Cabo tal vez para no alejarse demasiado del sitio escogido como base de operaciones. Pero, más que a combatir, estas tropas se dedicaron a perseguir a los pocos indios que lograron ver durante sus recorridos. A veces, incluso, parecía que los hombres de Rodríguez Lorenzo se movían en un territorio por entero despoblado. Al terminar una de las varias correrías que hicieron los soldados en busca de aquella población que se suponía en pie de guerra, el informe rendido por las tropas expedicionarias fue el siguiente, según el padre Taraval:

Refirieron todo lo que habían andado, todas las diligencias que habían hecho y todos los medios que habían puesto para asaltar [a] los apóstatas,

y jamás pudieron conseguir no digo el asaltarlos, pero ni el verlos. Anduvieron toda la costa del estrecho y cuantos parajes había por ese lado, y no hallaron un alma. Fueron a La Paz y al pueblo de Todos Santos y a nadie encontraron. Recorrieron todas las tierras de los huchitíes, aripes, coras y pericúes, y a ninguno hallaron. Registraron cuantas tierras ellos [los indios] solían andar y habitar, y no divisaron un hombre siquiera. Costearon toda la mar del sur y los puestos que habían, y no pudieron hallar persona alguna.¹³

Los que ocasionalmente llegaban a ser vistos por las tropas presidiales no eran indios guerreros, levantados en armas o levantiscos, sino hombres y mujeres que hacían lo posible por rehuir el contacto, que abandonaban sus parajes de abrigo en cuanto advertían la presencia extraña, que andaban siempre dispersos en los montes, casi sin detenerse, solos o en muy pequeños grupos. No hubo propiamente oposición armada al avance de las tropas expedicionarias, aunque se dieron casos en que los indios llegaron a atacar a los soldados que se alejaban del grueso de su ejército.

Por su parte, Rodríguez Lorenzo y su gente no pudieron hacer otra cosa que ir siempre en pos de los huidizos nativos con la pretensión de caer sorpresivamente sobre ellos. Aun cuando el mismo capitán reconocía que los indios eran unos “pobres desnudos... sin más defensa que el huir o su piel”,¹⁴ él y sus hombres veían en cada californio de la región un enemigo, no a vencer, sino a aniquilar. La campaña, por ello, cobró el carácter de una empresa punitiva, más que de reconquista. Y como fueran realmente pocos los hombres que los soldados lograban haber a las manos, la táctica para reducir a la población nativa sureña consistió en actuar sobre la parte más débil de esa población: las tropas lauretanas empezaron a perseguir y capturar mujeres y niños para así forzar a los hombres a rendirse. Los que de este modo procedían pensaban que, dado que la población femenina cumplía una función importante en las tareas de recolección, apresar mujeres indígenas era “quitar a los enemigos los víveres”.¹⁵ No sólo se procuró hacer prisioneras a las indias sino que, según afirma el padre Taraval, a las que se capturó se les envió a Loreto y luego se les desterró a la “isla más remota de la tierra, para que allí estuviesen hasta que se acabaran de componer las co-

¹³ Taraval, *op. cit.*, párrafo 173.

¹⁴ *Ibid.*, párrafo 115.

¹⁵ *Ibid.*, párrafo 126.

sas”.¹⁶ Es probable que las desterradas no hayan vuelto jamás a sus lugares de origen y que esa política dejara pronto sentir sus consecuencias en el proceso demográfico de los pueblos del sur.¹⁷ En estas condiciones, sin grandes batallas frontales pero con no pocos hechos de violencia, se desarrolló la campaña durante todo el año de 1735.

Las nuevas plazas solicitadas por los jesuitas para el presidio de Loreto no fueron autorizadas por el virrey-arzobispo de México, pues, según éste adujo, se trataba de un asunto que requería de la aprobación del soberano español. En cambio, mediante decreto virreinal se dieron instrucciones al gobernador de Sonora y Sinaloa, Manuel Bernal de Huidobro, para que pasara a la península con una fuerza militar capaz de someter a la población rebelada y de mantener el orden en toda la provincia. La solución no fue del agrado de los jesuitas porque Bernal de Huidobro se había manifestado ostensiblemente contrario a los intereses de los misioneros de la Compañía de Jesús que actuaban en las provincias de Sonora y Sinaloa. Pero, convencidos los religiosos de que sus misiones peninsulares se hallaban en grave peligro, no rechazaron el auxilio dispuesto por la autoridad virreinal. Así las cosas, a fines de 1735 llegó Bernal de Huidobro a Loreto y, al iniciarse el año siguiente, se trasladó al sur con el ejército que llevaba consigo.

La presencia de estas tropas en la región meridional seguramente hizo más difíciles las condiciones de vida de aquella población aborigen que buscaba escapar a toda costa del contacto. El caso es que algunos grupos indígenas sureños empezaron a retirarse de los que eran sus territorios tradicionales de recorrido y a refugiarse en las islas y en el extremo sur de la península. Esto los puso a cubierto del contacto, pero los enfrentó al problema de la escasez de alimentos. Por una india que fue hecha prisionera se supo que los huichitíes, aripes, coras e indios de los cantiles, es decir, varios de los grupos que habían estado vinculados a las misiones de Nuestra Señora del Pilar de la Paz y de Santiago, habían salido de sus tierras por miedo a las tropas que actuaban en el sur y se habían refugiado en una zona marginal, pobre de recursos alimenticios. Se supo también que aquellos indios padecían a la sazón hambre por ser ellos

¹⁶ *Ibid.*, parágrafo 172.

¹⁷ Tenazmente perseguidas por los soldados, las indias llegaban algunas veces a desprenderse de sus pequeñuelos y a abandonarlos en el monte para que no les embarazaran la huida. *Vid. ibid.*, parágrafo 125.

numerosos y “haber en esos parajes poco qué comer”. La informante misma y otros tres nativos habían caído prisioneros precisamente al volver a sus tierras en busca de alimento.¹⁸

Pero la llegada de Bernal de Huidobro significó también un cambio en la política seguida frente a los indios sureños. A diferencia de Rodríguez Lorenzo, el gobernador de Sonora y Sinaloa actuó con cierta lenidad; a muchos de los indios que sus hombres capturaron los dejó libres luego, no sin antes darles alimentos y decirles que perdonaría a todos los nativos que se entregaran de paz, a los que, además, les repartiría tierras para que las cultivaran. Estas medidas fueron mal vistas y censuradas por los jesuitas, quienes consideraban, por una parte, que el gobernador pretendía asumir funciones que más bien eran de la competencia de los misioneros, y, por la otra, que una política suave, según la cual se halagara a los “apóstatas” en lugar de tratarlos con energía, haría que en el futuro resultara más difícil gobernar a los indios de la región.¹⁹

En poco tiempo la política de Bernal de Huidobro hizo que, al fin, los temerosos californios del sur salieran de sus escondrijos y comenzaran a acercarse de nuevo a los sitios misionales. En Santiago se juntaron pronto más de ochocientos indios²⁰ y también a Todos Santos fueron llegando, “todos hambrientos”, los indios que habían pertenecido a esta misión.²¹ Los pericúes de San José del Cabo enviaron emisarios a Bernal de Huidobro para decirle que se acercara a ellos porque querían verlo y hablar con él. El gobernador atendió el llamado y entró con algunos hombres suyos en esa parte de la tierra pericú en la que no habían penetrado hasta entonces las tropas reconquistadoras. Lo que los pericúes hicieron para recibir al militar mueve a pensar que, a esas alturas, el temor y la desesperación de los indios los habían llevado a renunciar a aquel afán de recuperar su antigua autonomía y de mantener la integridad de sus tradiciones autóctonas. Como pudieron, los pericúes techaron una parte de la iglesia que habían incendiado casi dos años antes y levantaron de nuevo una cruz grande que los jesuitas tenían colocada en el cementerio. El día que entró Bernal de Huidobro a la misión halló “a más de doscientos indios cantando el Alabado delante de la Santa Cruz”; en lugar aparte, según el orden que había sido

¹⁸ *Ibid.*, párrafo 283.

¹⁹ *Vid. ibid.*, párrafos 204, 217, 245, 269, 299, 323 y 334.

²⁰ *Ibid.*, párrafo 301.

²¹ *Ibid.*, párrafo 302.

impuesto por los jesuitas, estaban las mujeres y los niños entonando también un cántico cristiano.²² Estos indios manifestaban así su adhesión a una cultura y a un orden de vida que, según ya lo habían experimentado, eran incompatibles con los elementos esenciales de su organización social y, en general, de sus tradiciones de cazadores-recolectores. Para escapar de la persecución, del castigo, de esa nueva forma de crisis de sobrevivencia producida por la campaña de reconquista, se mostraban ahora dispuestos a aceptar aquello que habían rechazado con furor en 1734.

Como ya dijimos atrás, los misioneros temieron en un principio que la rebelión desatada en el sur se extendiera hacia otras partes de la península. Ante esta avizorada perspectiva, a principios de 1735 el padre visitador Clemente Guillén decidió ordenar a todos los religiosos que se concentraran en Loreto, donde quedarían protegidos por las tropas presidiales.²³ Los padres obedecieron la orden y, ante el desconcierto de sus comunidades, salieron todos de sus misiones acompañados de los soldados de escolta y de los indios ladinos que les auxiliaban en el servicio doméstico. Tuvieron los catecúmenos que quedaban abandonados gestos que muestran claramente cómo la población nativa también reaccionaba de un modo espontáneo en un sentido totalmente contrario al del rechazo al vínculo misional. Diose el caso de que, al abandonar su misión el ministro de San Ignacio, sus neófitos salieran tras él como “en procesión, con cruz levantada, cantando la doctrina y llorando”.²⁴ Ya reunidos los padres en Loreto llegaron hasta este lugar grupos de indios cochimíes de las misiones de Guadalupe, Santa Rosalía de Mulegé y San Ignacio, también en procesión, con cruz al frente y “cantando las letanías de María Santísima”, para dar así testimonio de lealtad a sus respectivos ministros y pedirles que volvieran a sus centros misionales.²⁵

No han de extrañar estas manifestaciones de adhesión a los religiosos, pues, si cierto es que el influjo misional trastornaba el modo de vida tradicional de las comunidades indígenas, también era así que, a medida que el tiempo pasaba, se hacía más estrecha la dependencia de dichas comunidades respecto de sus misiones. Por lo demás, entre los indios de las misiones del norte no dejaba de haber inquietudes y un descontento que, como entre los pueblos del sur,

²² *Ibid.*, párrafo 316.

²³ Venegas, *Noticia...*, vol. II, p. 301.

²⁴ Taraval, *op. cit.*, párrafo 185.

²⁵ *Ibid.*, párrafos 158-159.

tenía su origen profundo en el conflicto cultural. Venegas refiere que había en las misiones norteñas algunos individuos inconformes con el “nuevo modo de vivir”, que exhortaban a sus paisanos “a dar juntos sobre los extranjeros que les quitaban sus costumbres”.²⁶ El malestar era sin duda más general que lo que este cronista suponía, pero no llegó a generar acciones indígenas de violencia similares a las que se produjeron en la parte meridional de la península. Los soldados del presidio de Loreto recorrieron las misiones cochimíes, apresaron a los que se suponía que estaban promoviendo la rebelión y los mandaron desterrados al puerto neogallego de Matanchel.²⁷ También en la misión de Nuestra Señora de los Dolores, de población guaycura, se percibieron inquietudes que el capitán Rodríguez Lorenzo procuró sosegar sin demora, a cuyo efecto mandó ejecutar a ocho indios sospechosos de estar incitando a la rebeldía.²⁸

El antagonismo sociocultural que caracterizó las relaciones entre los californios y el sector inmigrante, encabezado por los jesuitas, en modo alguno podía superarse por el simple hecho de que se produjeran acciones indígenas de respaldo al programa misional. Antes bien, dichas acciones agudizaban la situación de conflicto por cuanto que contribuían a afirmar la dominación ejercida sobre el conjunto de la población indígena y, consecuentemente, a ahondar el desequilibrio en la confrontación cultural. De hecho, los misioneros contaron muchas veces con el auxilio de los mismos californios para conseguir la expansión del sistema de misiones y para someter a nuevas comunidades aborígenes. Ya desde los primeros años de la conquista, Salvatierra daba cuenta a un corresponsal suyo de que los nativos lauretanos escoltaban y servían a los religiosos “como si fueran indios de la otra banda”, lo cual, decía el misionero, mucho ayudaba a que se fuera “asentando la tierra”.²⁹ Con el tiempo se hizo una práctica común que grupos de catecúmenos californios participaran en las expediciones que hacían los religiosos, ya con fines de simple exploración geográfica, ya cuando el propósito era hacer una nueva fundación misional. En tales casos, los indios solían ir “armados a su usanza”³⁰ y a veces actuaban frente a los otros grupos indí-

²⁶ *Noticia...*, vol. II, p. 301.

²⁷ *Respuestas que el padre Juan Bautista Luyando da al padre Miguel Venegas*: México, 11 enero 1737, BNM, AF 4/60.1, f. 2 v.

²⁸ Taraval, *op. cit.*, parágrafo 155.

²⁹ *Carta de Salvatierra a Juan de Miranda*: 3 abril [1703], AGNM, *Historia* 21, f. 141.

³⁰ Venegas, *Noticia...*, vol. II, p. 339.

genas con más agresividad que los mismos soldados presidiales.³¹ Cuando se fundó la misión de Nuestra Señora del Pilar de la Paz asistieron con los religiosos fundadores varios indios de Loreto y otros de San Juan Bautista Liguig, los que, además de prestar servicios de diversa índole durante la expedición, dieron a los misioneros continuas muestras de obediencia y lealtad.³²

Hubo ocasiones en que los indios que ya estaban siendo cristianizados se organizaron como una verdadera tropa de conquista y combatieron contra comunidades nativas que se resistían a vincularse a las misiones. Eso pasó una vez en San Ignacio, donde, a instancias de dos ministros religiosos, los catecúmenos se armaron, hicieron el correspondiente alarde militar y, bajo el mando de dos capitanes, uno elegido por ellos y otro, ladino, nombrado por los jesuitas, marcharon en contra de los indios de una rancharía vecina, hostil a las que se habían ido vinculando a la misión. La operación tuvo como resultado la captura de cierto número de aquellos indios “bravos”. Dice un cronista que, al llegar los prisioneros a la misión, “los nuevos y rudos cristianos bailaban de gozo porque habían de matar a sus enemigos y vengarse”.³³ No se mató a los vencidos; los soldados de la escolta misional azotaron a algunos de los presos y luego los misioneros intervinieron para suspender el castigo y, mediante el recurso del reparto de alimento, iniciar con los sometidos los trabajos primarios de evangelización.³⁴ Tiempo después, en la misión de San Francisco de Borja, tuvo lugar otra empresa de conquista militar protagonizada por catecúmenos californios.³⁵

Es necesario señalar que el apoyo indígena a la causa jesuítica tendía a hacerse más permanente en la medida en que los indios alcanzaban un mayor grado de integración a los núcleos misionales. Las comunidades que llegaron a vivir de fijo en las cabeceras de misión tenían obviamente más motivos para actuar en forma solidaria con los jesuitas que las comunidades que seguían viviendo en buena parte de la caza y la recolección. En realidad, desde fechas tempranas algunos indios se integraron de tal modo a la vida misional que terminaron por ser asimilados culturalmente, aunque sin experimentar una pérdida total de su identidad indígena.

³¹ Como, en 1716, cuando algunos indios lauretanos acompañaron a Salvatierra en un viaje a la bahía de La Paz. Vid. Venegas, *El apóstol...*, parágrafo 439.

³² Vid. Bravo *et al.*, *Testimonios...*, *passim*.

³³ Vid. Venegas, *Noticia...*, vol. II, p. 257 y s.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Vid. Del Barco, *op. cit.*, p. 307 y s.

Fueron los que en los documentos aparecen frecuentemente mencionados como “ladinos”, condición que parece haber sido alcanzada principalmente por indios criados desde pequeños en Loreto.³⁶ Los jesuitas les tenían una gran confianza como cristianos firmes y leales, y, aunque Venegas consigna que esos ladinos gozaban “de buen crédito y mucha estimación” entre los demás aborígenes,³⁷ es de pensarse, más bien, que en los momentos críticos, cuando las contradicciones hispano-indígenas provocaban una mayor tirantez social, su cercanía a los misioneros los enfrentaba con el resto de la población nativa. Hemos referido ya que los grupos indígenas rebelados agredieron y mataron indios de los que cumplían un servicio doméstico al lado de los religiosos; aunque no todos estos sirvientes hayan sido ladinos, seguramente los rebeldes los identificaban más como seguidores de los misioneros que como elementos de las propias comunidades indígenas. Si los jesuitas confiaban en los ladinos y los tenían como gente suya, no deben haber ignorado que dichos indios eran vistos con animadversión por los otros californios. En 1735, cuando los religiosos abandonaron sus misiones para concentrarse en Loreto por el temor a la rebelión general, los ladinos también fueron extraídos de las misiones como medida de protección.³⁸

Esas diferencias y enfrentamientos entre sectores de la población aborígen californiana tuvieron expresiones extremas durante el tiempo que duró la campaña de reconquista emprendida en contra de los indios del sur. Al lado de las tropas presidiales comandadas por Rodríguez Lorenzo participó un ejército auxiliar de californios procedentes de la misión de La Purísima Concepción. Estos indios, todos de nación cochimí, combatieron entonces contra rancherías pertenecientes a las naciones guaycura y pericú.³⁹ Pero también los indios guaycuras de la misión de Nuestra Señora de los Dolores se aprestaron a combatir a grupos de su misma lengua que se hallaban rebelados.⁴⁰ Ya puesta en marcha la campaña, los callejús, grupo de filiación guaycura, ofrecieron asimismo su concurso para pelear con las gentes de su propia nación.⁴¹

³⁶ *Vid.* Venegas, *Noticia...*, vol. II, p. 250, 253 y 284.

³⁷ *Ibid.*, p. 253.

³⁸ *Ibid.*, p. 303.

³⁹ *Vid.* Taraval, *op. cit.*, párrafos 161-162.

⁴⁰ *Ibid.*, párrafo 78.

⁴¹ *Ibid.*, párrafo 88.

Los grupos indígenas que ayudaron a los soldados presidiales no dejaron de ser considerados y tratados por los jefes militares como parte de la población sometida. Con la campaña de reconquista se pretendía no sólo vencer y castigar a las comunidades indígenas que habían roto su vínculo con las misiones sino también consolidar la posición dominante de religiosos y militares. Por ello, la alianza de las tropas presidiales con los californios que se ofrecían como milicianos no podía darse bajo condiciones de igualdad. Los soldados se sirvieron de los indios dispuestos a colaborar en la campaña de reconquista, pero procuraron que esos aliados nativos reconocieran que con ellos no se compartían ni la fuerza ni la autoridad. Rodríguez Lorenzo adoptó la táctica de realizar algunas funciones militares sin llevar consigo a los flecheros californios, a fin de que éstos quedaran persuadidos de que los soldados presidiales “no necesitaban de indios”, de que el admitir en la campaña a los auxiliares indígenas se hacía “por costumbre, no por necesidad”; de que las tropas del presidio “hacían más” sin el apoyo de los nativos y de que solas aun lograban lo que con los indios aliados “no pudieran hacer”.⁴²

A los californios que apoyaban a los soldados se les presionó continuamente para que dieran pruebas inequívocas de su lealtad. Se exigió a los callejús que entregaran sus arcos y flechas al capitán del presidio de Loreto, pues, según éste, la fidelidad de los indígenas habría de demostrarse “con armas o sin ellas”.⁴³ Otras veces, Rodríguez Lorenzo encomendó a californios aliados que dieran muerte a flechazos a los indios prisioneros para que así probaran que en verdad eran fieles a los cristianos y “contrarios a los apóstatas”.⁴⁴ Para que el escarmiento fuera general y sirviera de freno a todos los indios, inclusive a los que militaban al lado de las tropas presidiales, procuró el capitán lauretano no ocupar a los californios amigos “en nada o casi nada... sino en aquello que podía causarles más horror al castigo... pues los empleó sólo en asistir, cargar, juntar y enterrar a los ajusticiados”.⁴⁵ Con todo esto se logró el objetivo de atemorizar a todos los indios y de mostrarles lo que podía significar para ellos el atreverse a actuar en contra de los misioneros y de los soldados que éstos tenían para su protección. El padre Taraval dice que los indios

⁴² *Ibid.*, párrafo 157.

⁴³ *Ibid.*, párrafo 88.

⁴⁴ *Ibid.*, párrafo 168.

⁴⁵ *Ibid.*, párrafo 156.

leales a los religiosos llegaron a manifestar una especie de satisfacción cuando se ejecutaba a los acusados de rebeldía o alboroto; según la opinión del citado cronista, veían entonces esos amedrentados aborígenes “cuán bien les estaba el haber sido fieles” y “cuánto tenían que agradecer a Dios y al padre el haberlos así mantenido”.⁴⁶

Aquellos indios que, según Taraval, sólo debían tener, frente a sus dominadores, motivos de agradecimiento, sufrieron otras formas de postergación. Los víveres escasearon con frecuencia en los lugares donde estaban acantonadas las tropas y siempre una amenaza de escasez implicó, en primer término, privar de sus raciones a los indios milicianos y a los prisioneros. A aquéllos se les enviaba entonces a los montes para que buscaran allí sus mantenimientos; a los presos sólo se daba la oportunidad de que se sirvieran de sus mujeres para conseguir algo de comida silvestre.⁴⁷ En esto no había diferencia entre ser opositor o seguidor de los misioneros. Y si los indios leales, por serlo, no estaban condenados a sufrir los mismos castigos que se imponían a los sospechosos de rebeldía, tampoco conseguían eludir el riesgo de ser víctimas de los indios insumisos o de los abusos de los soldados. La gente que llevó Bernal de Huidobro solía abusar de las mujeres de los indios flecheros cuando éstos salían a campaña.⁴⁸ Un indio llamado Fabián, que se había distinguido entre los suyos por su fidelidad a los jesuitas, se volvió contra el bando de los misioneros a causa de los abusos que, con su mujer, cometieron los soldados del gobernador de Sonora y Sinaloa. El indignado californio no tardó en ser perseguido, herido, capturado y, finalmente, ajusticiado por las tropas españolas.⁴⁹

Resulta difícil tratar de valorar el alcance de la desintegración social provocada entre la población aborígen californiana por la campaña de reconquista y, en general, por el recrudescimiento de la dominación que sobre ella se ejercía. Esa desintegración se manifestó en todos los niveles, aun en los de las mismas unidades familiares. Sabemos del caso de un indio que prendió a su propio hijo y lo entregó a los militares para que lo castigaran por un delito de robo que se le imputaba. El muchacho fue condenado a recibir azotes y a servir de faenero todo el tiempo que durara la expedición militar.⁵⁰

⁴⁶ *Ibid.*, parágrafo 155.

⁴⁷ *Vid. ibid.*, parágrafos 300 y 304.

⁴⁸ *Ibid.*, parágrafo 229.

⁴⁹ *Ibid.*, parágrafo 235.

⁵⁰ *Ibid.*, parágrafo 148.

Los indios que se mantuvieron en paz o los que apoyaron con sus armas la causa de sus dominadores vivieron sin duda en aquellos años en un estado de gran inquietud, de inseguridad, de temor, de confusión. Los otros, los que se aventuraron a resistir su incorporación a las misiones, tuvieron una experiencia similar, pero a muchos de ellos les costó la vida el haberse atrevido a desafiar a quienes detentaban el dominio y la fuerza. Quizá nada exprese tan vívidamente la desesperanza en que cayeron los grupos indígenas del sur como las reacciones de algunos de los prisioneros. Uno de ellos, luego de haber declarado bajo la presión de sus captores que él “no había querido admitir consejos ni los admitía” y “que siempre había sido malo y lo era”, terminó diciendo a los que lo interrogaban “que estaba cansado de vivir, que quería morir y, así, que lo matasen”.⁵¹ Desde el lugar donde se hallaban presos gritaban unos guaycuras condenados a muerte: “¿Cuándo nos van a matar? ¿Qué esperan? Acaben ya de matarnos.”⁵² Ese desear la muerte por desesperanza parece haber sido, aun antes de la rebelión, un extremo al que llegaban los nativos que, por oponerse al orden misional, quedaban a merced del brazo militar de las misiones. Alguno de ellos que era conducido a Loreto, luego de ver que otro reo había sido ajusticiado por haberse resistido a caminar, comenzó a gritar a los soldados lauretanos: “¿Para qué me llevan? No me lleven. Mátenme a mí también y váyanse.”⁵³

La posibilidad de ofrecer una resistencia activa frente al régimen misional casi quedó anulada entre los californios al llegar a su término la campaña de reconquista. En los años sucesivos se produjeron todavía algunos brotes aislados de rebeldía indígena, pero cada vez tuvieron efectos más localizados y, en todo caso, fueron seguidos de las correspondientes acciones represivas. Hacia 1740, algunos pericúes se rebelaron, dice el padre Del Barco, por “su natural inconstancia y deseo de aquella entera libertad de que gozaban siendo gentiles”; pero los rebeldes, que mataron a un sirviente de la misión de San José del Cabo y algunas reses, no fueron secundados por sus paisanos.⁵⁴ Ese mismo año de 1740 quedó radicada permanentemente en el sur una escuadra militar dependiente del presidio de Loreto. A pesar de ello, unos años más tarde se levantó en armas el

⁵¹ *Ibid.*, parágrafo 175.

⁵² *Ibid.*

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ *Op. cit.*, p. 240-241.

grupo de los huchitíes, que tenía sus territorios de recorrido entre La Paz y Santiago. La campaña militar que se llevó a cabo contra ellos fue prácticamente de exterminio; los niños huchitíes capturados se enviaron a las misiones del norte, los prisioneros fueron todos muertos para no distraer en su vigilancia a ninguno de los soldados y la persecución contra los demás alzados fue tan violenta que de todo el grupo huchití no sobrevivió a la postre más que un individuo.⁵⁵ En 1755, unos cuarenta guaycuras de Todos Santos se alzaron e hicieron ocho muertes; perseguidos por la tropa, finalmente aceptaron capitular y volver a la misión, luego de haber sufrido aproximadamente diez bajas.⁵⁶ En realidad, aunque sin mayores efectos, las inquietudes indígenas no dejaron de manifestarse en aquella lastimada región del sur. Todavía en 1767, poco antes de la salida de los jesuitas, decía el padre Benno Ducrue que entre los misioneros había el temor de que se produjera un alzamiento de los “pericos”,⁵⁷ o sea de los pericúes. Esta nación estaba reducida ya para entonces a unos doscientos individuos o pocos más, casi en su totalidad enfermos de sífilis.

Ya no para resistir la cultura de las misiones sino para integrarse a ellas en condiciones distintas a las que habían establecido los jesuitas, algunos pericúes de Santiago empezaron a demandar, hacia 1760, que les fueran repartidas tierras de cultivo. Como su petición no fuera atendida por los jesuitas, al año siguiente una veintena de aquellos indios se robó una lancha de la misión y en ella se embarcó el grupo hacia Sinaloa, con el propósito de buscar el apoyo de las autoridades de aquella provincia. Su gestión fue inútil y todos los peticionarios fueron embarcados de nuevo hacia la península y devueltos a sus lugares de origen. Un año más tarde, los mismos u otros pericúes repitieron el robo y el viaje, con iguales resultados que en la ocasión anterior.⁵⁸ A éstos, como a los demás californios, no se les ofrecía otro destino que permanecer en su tierra como comensales de las misiones y crecientemente inhabilitados cazadores-recolectores.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 243-244.

⁵⁶ *Autos de visita*: 1755, Biblioteca de la Universidad de Texas, Austin, *Colección W. B. Stephens* 67, f. 213.

⁵⁷ *Carta al padre provincial Salvador Gándara*: Guadalupe, 15 julio 1767, BNM, AF 4/70.2, f. 2 v.

⁵⁸ *Vid.* Del Barco, *op. cit.*, p. 323-331.

La caída demográfica

La población indígena peninsular existente a la llegada de Salvatierra y sus acompañantes alcanzaba, según opinión de algunos autores, la cifra de cuarenta mil individuos o poco más.⁵⁹ Aun cuando se conceda a este cálculo cierto margen de error, resulta evidente que el número de aborígenes californianos decreció constantemente durante el periodo jesuítico. En 1768, año en que salieron los padres ignacianos de California, había apenas 7 149 indios en toda el área que aquellos religiosos tuvieron bajo su control.⁶⁰ El padre visitador Juan Antonio Baltasar consignaba que en 1752 había en las misiones de California 11 125 catecúmenos.⁶¹ Si simplemente comparamos esta cifra con la de 7 149 que arrojaron los padrones en 1768,⁶² saltará a la vista que en sólo tres lustros, los últimos de la época jesuítica, hubo una disminución demográfica de más de un treinta y cinco por ciento. El proceso de acabamiento de los naturales californios continuó en las últimas décadas del siglo y en la primera mitad de la siguiente centuria.⁶³

La siguiente tabla de población, elaborada por Cook,⁶⁴ dará una idea de las tendencias que presentó este proceso que venimos mencionando:

⁵⁹ Vid. Cook, *op. cit.*, p. 14.

⁶⁰ Téngase en cuenta que en este cómputo no se incluían los indios que habitaban el extremo norte peninsular, con algunos de los cuales apenas se habían tenido esporádicos contactos.

⁶¹ Decorme, *op. cit.*, vol. II, p. xvii.

⁶² Clavijero proporciona un cuadro de la población indígena de cada una de las misiones en el año de la expulsión, aunque su información no parece ser precisa. *Op. cit.*, p. 229-230. Baegert dice que en 1767 "se contaron" doce mil californios en misiones, pero el dato está obviamente equivocado. *Cf. op. cit.*, p. 70.

⁶³ De la demografía histórica de la Antigua California se han ocupado diversos investigadores. El norteamericano Cook, en su ya citado trabajo acerca de los efectos de las enfermedades sobre la población aborígen peninsular, trata de establecer, de acuerdo con los datos disponibles, los índices del muy acentuado descenso demográfico que se registró en la provincia a lo largo del siglo XVIII. Un estudio bien documentado y de gran interés, aunque circunscrito a la zona del desierto central, se debe a Homer Aschmann: *The Central Desert of Baja California. Demography and Ecology*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1959, 316 p., ils., maps (Iberoamericana, 42). También se ocupa de este proceso el historiador Ernesto Lemoine: "Evolución demográfica de la Baja California", *Historia Mexicana*, vol. IX, núm. 2, octubre-diciembre 1959, p. 249-268, y "Reseña histórico-demográfica de Baja California durante la época colonial", *El México antiguo*, t. IX, 1961, p. 589-630.

⁶⁴ *Op. cit.*, p. 18.

AÑO	HABITANTES (INDÍGENAS)
1697	41 500
1728	30 500
1742	25 000
1762	10 000
1768	7 149

Sabemos que la mortalidad infantil fue siempre muy elevada entre los californios. El mayor número de niños moría entre el momento de nacimiento y el segundo o tercer año de vida. Las muchachas indígenas empezaban a parir desde muy jóvenes, en general desde los doce años, y eso les permitía procrear una prole numerosa que, sin embargo, no llegaba en su mayor parte a la pubertad. Cook ha considerado que el promedio familiar era, en el periodo premisional, de cinco individuos: los padres y tres hijos que alcanzaban la edad de la reproducción.⁶⁵ La cifra total de vástagos habidos por cada pareja era evidentemente mayor, pero la elevada mortalidad infantil reducía el núcleo familiar a la proporción anotada. Este índice fue disminuyendo hasta quedar, en los últimos años del periodo jesuítico, en una cifra promedio de 3.4 individuos por familia, más baja, pues, de lo que era mínimamente necesario para mantener la estabilidad numérica de la población. Fueron en esto excepción las misiones de San Ignacio, San Francisco Javier y Santa Rosalía de Mulegé, que tenían un índice familiar de 4.1, y la de La Purísima Concepción, caso único que llegaba al 4.37.⁶⁶ Peter Masten Dunne deduce de ciertos informes del padre Juan Bautista Luyando que el promedio familiar llegó a ser, en algunas localidades, de tres personas.⁶⁷

Tenemos así, como un hecho fuera de toda duda, que la población aborígen californiana disminuyó notable y constantemente. Ahora bien: no sería posible sostener con fundamento que este fenómeno se había venido observando desde tiempos premisionales, pues para ello tendríamos que suponer la existencia original de una mucho mayor población nativa o bien la inmigración permanente de nuevos grupos llegados del norte; ni una ni otra hipótesis parecen verosímiles. Más congruente con lo que sabemos es pensar que

⁶⁵ *Ibid.*, p. 2-3.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 3.

⁶⁷ *Op. cit.*, p.117.

este decrecimiento poblacional se inició justamente con el arribo de los europeos y la gente que les acompañaba. Una manera de corroborar esta sospecha consistirá en indagar cuáles fueron los factores que propiciaron el descenso de la población en la época misional.

Hasta donde podemos suponer, los aborígenes californianos, en su aislamiento multiseccular, se habían mantenido a salvo de ciertas enfermedades epidémicas de las que fueron portadores soldados y marinos llegados a la provincia a lo largo del siglo XVIII. Las principales de ellas fueron la viruela, el sarampión, la disentería, el paludismo, la tifoidea y la sífilis.⁶⁸ Esta última proliferó particularmente en la región de los cabos, en donde fue extendida, al parecer, por los soldados de Sonora y Sinaloa que acudieron a combatir a los indios sureños luego que se produjo la rebelión indígena de 1734; es probable que el primer contagio se haya producido anteriormente y que hayan sido los marinos del galeón de Manila, que se detenía en San José del Cabo para abastecerse de agua y alimentos, los que introdujeron el mal.

No siempre es posible identificar los padecimientos que sufrieron los californios durante el periodo que nos ocupa, aunque sus efectos resultan frecuentemente ostensibles. La primera enfermedad epidémica de cierta gravedad se presentó por los años de 1709-1710. Fue ésta una epidemia de viruelas que, en palabras de Venegas, “acabó con casi todos los párvulos y muchos adultos de las misiones”.⁶⁹ Hubo después, entre 1720 y 1723, una verdadera oleada de enfermedades, entre ellas la disentería, que aparecieron en diferentes lugares de la península, una tras otra.⁷⁰ Luego, en 1729, azotó una nueva epidemia que, como las anteriores, diezmo a la población nativa, sobre todo a la de San Ignacio,⁷¹ lugar donde cinco años después volvió a extenderse otra mortal enfermedad epidémica.⁷²

Durante las primeras décadas del periodo jesuítico, los contagios cundieron principalmente en las misiones del norte y el centro peninsulares; pero, a partir de 1731, fueron los establecimientos del mediodía los que sufrieron los mayores embates de estas calamidades. Ese año justamente, una “peste” acabó con la mayor parte de

⁶⁸ Aschmann, *The Central Desert...*, p. 106-107.

⁶⁹ *Noticia...*, vol. II, p. 142.

⁷⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 211-212; Cook, *op. cit.*, p. 21.

⁷¹ Venegas, *Noticia...*, vol. II, p. 256; Clavijero, *op. cit.*, p. 164; Cook, *op. cit.*, p. 23.

⁷² *Carta de Jaime Bravo al marqués de Villapiente*: Loreto, 27 junio 1734, BNM, Af/4/56.5, f. 3.

cuatro “rancherías gruesas” de la nación huchití,⁷³ lo que no fue sino el principio del fin de este grupo indígena que, como ya en otra parte dijimos, con el tiempo desapareció totalmente.

En 1742, las naciones sureñas volvieron a ser duramente castigadas por las enfermedades. Apareció por entonces un mal que llevó a la tumba alrededor de quinientos indios de la misión de San José del Cabo;⁷⁴ de allí pasó la enfermedad a Santiago, a Todos Santos y, por último, brotó en una de las misiones del norte, la de San Ignacio, de donde se extendió hacia otros lugares vecinos. Probablemente se haya tratado de sarampión, pues los enfermos se llenaban de granos y morían al poco tiempo. Dos años y medio continuó la epidemia cobrando víctimas. Luego, un corto periodo de tranquilidad precedió a otro brote que apareció en 1748. Según Del Barco, los efectos de este mal fueron tan graves que, en esos años, de 1742 a 1748, la población de las misiones pericúes quedó reducida a sólo una sexta parte.⁷⁵

Algunas referencias sobre los primeros bautizos realizados en la región meridional pueden darnos una idea acerca del tamaño de la población que originalmente habitaba esa zona. Jaime Bravo informaba que a los seis meses de haberse fundado la misión de San José del Cabo se habían hecho ya 400 bautizos.⁷⁶ Poco tiempo después, el misionero Tamaral daba noticia de que el número de personas bautizadas se había elevado a 823,⁷⁷ cifra que luego ascendió a 1 036.⁷⁸ Por entonces, en el sitio de Todos Santos, que aún no tenía el carácter de misión y era sólo un pueblo de visita de la misión de Nuestra Señora del Pilar de la Paz, existían 806 indios bautizados, según informe del propio Tamaral.⁷⁹ Quiere esto decir que una sola de las misiones sureñas y un pueblo de visita tenían una feligresía formada por lo menos por unos dos mil individuos. En cuanto a las otras misiones puede decirse que la de Santiago se igualaba en po-

⁷³ *Carta de Jaime Bravo al visitador Echeverría*: Loreto, 22 marzo 1731, AGNM, *Historia* 308, f. 492 v.

⁷⁴ Luis Sales, *Noticias de la provincia de Californias, 1794*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1960, 184 p., cuadros (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de la Nueva España, 6), p. 57.

⁷⁵ *Op. cit.*, p. 243. *Vid.* también Clavijero, *op. cit.*, p. 197.

⁷⁶ *Carta al marqués de Villapiente*: Loreto, 10 octubre 1730, BNM, AF 4/56.2, f. 1 v.

⁷⁷ *Carta al visitador Echeverría*: San José de los Coras, 9 diciembre 1730, AGNM, *Historia* 308, f. 472.

⁷⁸ *Carta de Tamaral al marqués de Villapiente*: 15 junio 1731, transcrita por Venegas, *Noticia...*, vol. II, p. 268.

⁷⁹ *Carta al visitador Echeverría*: Todos Santos, 26 diciembre 1730, AGNM, *Historia* 308, f. 474.

blación a la de San José del Cabo; la de Nuestra Señora del Pilar de la Paz es seguro que fue menos populosa, aunque no tenemos datos precisos sobre la cuantía de sus indios comarcanos. Si, además de los datos antes mencionados, tomamos en cuenta que hubo grupos indígenas que en un principio se mantuvieron apartados de las misiones y que también había pequeños grupos de población en las islas cercanas a la región del sur, no será aventurado concluir que, para 1730, los territorios meridionales, de la bahía de La Paz hacia los cabos, incluidos los de la parte insular, estaban poblados por unos cuatro o cinco mil aborígenes.⁸⁰ De esta relativamente numerosa población sureña apenas quedaban entre tres y cuatrocientas gentes en el momento de la expatriación de los jesuitas.⁸¹

Volviendo al asunto de las enfermedades diremos que, en 1755-1756, azotó otra epidemia en la parte norte, la que en Santa Gertrudis mató cien de cada mil personas.⁸² Más tarde, recién fundada la misión de San Francisco de Borja, otra enfermedad, probablemente viruela, acabó entre los años de 1762 y 1763 con más de un veinte por ciento de la población de ese nuevo centro misional y con aproximadamente un diez por ciento de la población de San Ignacio y Santa Gertrudis, que también sufrieron los estragos de la calamidad.⁸³ Decía el padre Wenceslao Link, encargado de San Francisco de Borja, que los efectos del mal habían alcanzado no sólo a la población vinculada a las misiones sino también a los indios gentiles de los territorios más septentrionales.⁸⁴

Los organismos de los indios se encontraban totalmente desprovistos de defensas contra todas estas enfermedades que no causaban mayores efectos entre la población forastera, pero que, en cambio, entre los naturales californios resultaban siempre de fatales consecuencias. Baegert refiere que en 1763 un español que había estado enfermo de viruela regaló a un indio un pedazo de paño, lo que fue suficiente para que en un plazo de tres meses contrajeran la enfermedad y murieran más de cien californios en una sola misión.⁸⁵

⁸⁰ Según apreciación de Del Barco, tan sólo entre los pericúes se contarían unos tres mil individuos cuando llegaron a la región los misioneros. *Carta al padre Lorenzo Hervás*, en Del Barco, *op. cit.*, p. 440. Además, la región estaba habitada por varios grupos guaycuras.

⁸¹ *Vid.* Del Barco, *op. cit.*, p. 440.

⁸² Aschmann, *The Central Desert...*, p. 186.

⁸³ *Ibid.*, p. 186-187.

⁸⁴ *Carta al padre visitador* [San Borja, 1762], AGNM, *Historia* 21, f. 192 v.

⁸⁵ *Op. cit.*, p. 104.

A todos estos hechos debe agregarse, como otro más de los factores del descenso demográfico, la disminución de la natalidad a causa de la escasez de mujeres, las que, quizá, en sus periodos de embarazo se hacían más frecuentes víctimas de las enfermedades. El caso es que los varones en edad matrimonial no podían encontrar fácilmente compañera. En las últimas décadas del periodo jesuítico había, entre la población aborígen, mucho menos mujeres que hombres y partes hubo, como la región pericú, que, habiendo tenido una numerosa población femenina, la vieron disminuida al grado de haber, hacia el momento de la salida de los jesuitas, una mujer por cada diez hombres.⁸⁶ El fenómeno se presentó, aunque no en forma tan extrema, en las misiones del norte, pero allí se acostumbró que los indios pasaran a la contracosta continental para buscar consorte en los pueblos de Sonora y Sinaloa, algunas veces con buen éxito.⁸⁷

De lo que hemos venido exponiendo puede inferirse la situación en que quedaron los aborígenes californianos en 1768. Las islas del litoral interno de la península, en donde vivían originalmente algunos pericúes, estaban ya por completo despobladas. Los huchitíes y los coras, del tronco guaycura, eran grupos totalmente extinguidos. La poca población nativa que sobrevivía en la parte sur estaba condenada a desaparecer en poco tiempo debido a la sífilis que infectaba a adultos y niños, hombres y mujeres sin excepción.

En la parte central de la península también se había operado un sensible descenso demográfico. Para sugerir la magnitud de este fenómeno baste indicar que la misión de La Purísima Concepción tenía hacia 1730 una población indígena compuesta de 1 496 personas;⁸⁸ treinta años después sólo vivían en esa misión o cerca de ella 295 californios.⁸⁹ De acuerdo con una afirmación del padre Miguel del Barco, de 1738 a 1762 la única misión que experimentó un aumento en el número de sus pobladores nativos fue la de San Francisco Javier, que de 300 habitantes pasó a 445 en el lapso señalado.⁹⁰ Las misiones del norte eran las más densamente pobladas en la época de la expulsión; San Francisco de Borja tenía en esas fechas 1 813

⁸⁶ Del Barco, *op. cit.*, p. 322; Clavijero, *op. cit.*, p. 218.

⁸⁷ Del Barco, *op. cit.*, p. 323; Decorme, *op. cit.*, vol. II, p. 528.

⁸⁸ *Carta de Tamaral al padre visitador [1730]*, AGNM, *Historia* 21, f. 169.

⁸⁹ *Noticia de la visita del padre Ignacio Lizasoáin...: 1761-1763*, Biblioteca de la Universidad de Texas, Austin, *Colección W. B. Stephens* 47, f. 1 v.

⁹⁰ *Carta al visitador [1762]*, AGNM, *Historia* 21, f. 181-181 v. También en Del Barco, *op. cit.*, p. 429.

almas.⁹¹ Hay que señalar que las más populosas, ésta de San Francisco de Borja, la de Santa Gertrudis y la de Santa María, eran de reciente fundación.

Cuando disminuía sensiblemente el número de moradores indígenas en algún sitio misional se optaba muchas veces por mudar el asiento de la cabecera a otro lugar que estuviera más poblado. Menos frecuente fue el traslado de naturales de una misión a otra. Esta última medida, que tendía a impedir que hubiera misiones prácticamente deshabitadas, sólo se aplicó en los últimos tiempos, cuando la despoblación de algunos sitios era casi total. En 1730, el padre José de Echeverría, después de concluir su visita a la provincia, ordenó a los padres misioneros que redistribuyeran los grupos indígenas que hubieran sido grandemente disminuidos por las epidemias, recomendando que se hiciera el movimiento con “suave eficacia” y que, sólo que eso no bastara, se empleara el rigor. El ministro Sebastián de Sistiaga se encargó de hacer ver a Echeverría lo inadecuado que resultaría la medida, particularmente con los pueblos recién convertidos; decía aquel sacerdote que los californios eran “naturalmente amantes de sus tierras”.⁹² Lo que en realidad ocurría era que los indios estaban integrados en tal forma a su hábitat local, que les resultaba difícil la adaptación a otro medio, aun cuando fuera dentro de la misma península.

Esas prevenciones de los misioneros se hicieron finalmente a un lado. En la parte sur, la más lastimada por las enfermedades, se hizo el primer reacomodo masivo de indios hacia el año de 1748. Primero fueron trasladados los indios de Todos Santos y San José del Cabo, todos pericúes, a la misión de Santiago; hecho tal movimiento se llevaron al sitio de Todos Santos a los guaycuras de Nuestra Señora del Pilar de la Paz. Esta última misión quedó totalmente despoblada. En San José del Cabo, al que se dio el estatuto de pueblo de visita de Santiago, se dejó una corta población nativa para no desamparar por completo el sitio, a cuyas playas cercanas arribaba cada año el galeón de Manila.

Cifras que extraemos del informe que el padre Ignacio Lizassoáin formuló a raíz de la visita que hizo en 1761-1763 a las misiones que la Compañía de Jesús administraba en el noroeste novohispano

⁹¹ *Carta de Wenceslao Link al padre procurador Juan de Armesto*: San Borja, 16 agosto 1767, BNM, AF 4/70.1.

⁹² *Carta al visitador Echeverría*: San Ignacio, 27 octubre 1730, AGNM, *Historia* 308, f. 478-478 v.

muestran la forma en que estaba distribuida la población aborigen californiana en los últimos años del periodo jesuítico:⁹³

MISIÓN	HABITANTES (INDÍGENAS)
Loreto	274
San Francisco Javier	445
San José de Comondú	350
La Purísima Concepción	295
Santa Rosalía de Mulegé	281
Guadalupe	523
San Ignacio	800
Santa Gertrudis	1 735
San Francisco de Borja	2 059
San Luis Gonzaga	300
Los Dolores	573
El Pilar (Todos Santos)	93
Santiago	198
San José del Cabo (visita de Santiago)	63
<i>Total</i>	7 989

Todavía esta cifra se redujo en los siguientes seis años, pues, aunque más tarde se agregó la nueva población de Santa María de los Ángeles, al tiempo del extrañamiento, como ya se ha dicho, solamente había 7 149 californios en el área de misiones.

Si nos atenemos a los hechos que parecen más evidentes tendremos que aceptar que las enfermedades llevadas por la gente del exterior fueron la causa principal de la desaparición del indio peninsular. Pero, a la vista de lo que hemos tratado a lo largo de este estudio, cabe preguntarnos si a ellas exclusivamente debe imputarse el descenso demográfico que se produjo desde los inicios del siglo XVIII. Los efectos de las epidemias son, es cierto, de una obviedad irrecusable; pero pensamos que no debe desdeñarse la importancia que tuvo en ese proceso el trastorno, el desajuste que la organización misional —incapaz, como lo fue, de sedentarizar al indio de manera definitiva— provocó en el modo de vida de los aborígenes.⁹⁴ Muchas de las informaciones que tenemos acerca de los californios

⁹³ *Noticia de la visita del padre Ignacio Lizasoain...*, Biblioteca de la Universidad de Texas, Austin, *Colección W. B. Stephens* 47, f. 1-3.

⁹⁴ Aschmann sugiere que los cambios que, con la organización misional, se produjeron en las actividades, hábitos y dieta de la población nativa pudieron hacer de ésta una más fácil víctima de las enfermedades. *The Central Desert...*, p. 206 y s.

de los últimos tiempos aluden a la búsqueda desesperada del alimento y casi nos atrevemos a afirmar que los indígenas de la época misional padecieron, con muy pocas excepciones, un hambre crónica, vale decir, permanentemente insatisfecha. Muchos californios de los que llegaban de visita a las misiones procuraban cuotas adicionales de comida por medio del robo y a pesar de los castigos que se les aplicaban. Baegert cuenta haber observado a un anciano que devoraba la suela de un zapato para cuyo efecto la iba machacando con dos piedras.⁹⁵ Señala también este misionero que, cuando se destazaba en la misión una vaca o un buey y se ponían los cueros al sol, inmediatamente media docena de muchachos o adultos caía sobre ellos, “rascando, royendo, jalando a más no poder, con cuchillos, piedras y dientes”, para desprender los trozos de carne cruda que quedaban adheridos a los cueros.⁹⁶ Nada pedían los californios que no fuera comida. Los testimonios de las épocas franciscana y dominica dan sobrada fe de esa patética situación.

¿Podría atribuirse a la imposición de nuevas formas de vida una significativa función en el proceso de extinción del indio peninsular? Creemos que sí, aunque la misma naturaleza de la situación desencadenada por el proceso de aculturación impide utilizar otro método que el de la inferencia para establecer la posible relación causal entre los fenómenos producidos en el nivel de la cultura y los de tipo demográfico. Un hecho claro es que las formas de subsistencia de los pueblos peninsulares, juzgadas inferiores por los europeos, eran el resultado de un largo periodo de adecuación con un medio natural específico, y que esas formas habían llegado a permitir, si no el crecimiento, por lo menos la estabilidad de la población californiana. La conquista de los pueblos peninsulares alteró esa relación de medio y cultura sin llegar a generar una alternativa cultural congruente que representara para los indios al menos una posibilidad de sobrevivencia histórica. De la confrontación de dos sistemas culturales, el que, en el marco de la dominación, resultó el más débil fue el que sufrió el mayor trastorno y la final descomposición. El impacto de la conquista tuvo múltiples efectos sobre los californios, pero quizás el de mayor alcance, y que además fue irreversible, fue el de la pérdida paulatina de su cultura tradicional. Sin ésta, los indios peninsulares quedaron desposeídos incluso de la esperanza de sobrevivir en la que había sido, por milenios, la tierra de los de su raza.

⁹⁵ *Op. cit.*, p. 91.

⁹⁶ *Ibid.*



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS